

LAS COSAS IMPORTANTES

Beatriz Malo



Image not found.

Capítulo 1

LAS COSAS IMPORTANTES.

Beatriz Malo.

Dos figuritas se agarraban de la mano tras la puerta de vidrio de la estantería. Siempre sonrientes, con una mirada alegre, vestidas con sus trajes de boda. Las dos, unidas con aquel gesto, habían sido creadas para ser colocadas en un lugar así, inaccesible a los daños y al tiempo. Sus cuerpos y sus ropas de cristal habían sido fabricados en un taller de Munich. Su hermano le dijo a Isabel, la noche en que se las entregó, que quería que fuera feliz. Simplemente. Lo hizo antes de saber que jamás habría boda.

Sentada en el sofá ella no podía verlas. No quería verlas. Pero de vez en cuando, al levantarse o cuando entraba en el salón, se le escapaba alguna mirada hacia ellas. El movimiento que insinuaban las curvas del vestido y los colores que reflejaban, el contraste con las líneas rectas del traje de él, la fragilidad de esas miradas ajenas a todo lo que ocurría a su alrededor. Para ella siempre irían acompañadas con el sonido de un papel de periódico en mitad del silencio, a la luz de una lamparita de noche que parpadeaba. Con la voz de su hermano en aquel verano del 55.

Las colocó allí cuando tuvo la oportunidad de recuperar alguno de los recuerdos que había querido esconder de su hijo. Aunque ella siempre le había hablado de su padre cuando él le preguntaba. Hacía tres años que decidió llevarlo a un internado. Ahora sólo lo veía en vacaciones. Él ya no le suplicaba como antes por quedarse en casa o con sus tíos. Había entendido que no le quedaba otra opción.

Suspiró, levantándose del sofá, decidida a recoger la mesa, y dedicando una mirada furtiva, de nuevo, a lo alto de la estantería. Era consciente de que no debió sacarlas de aquella caja que guardaba al fondo de su armario. Los primeros días tuvo miedo por lo que pudiera decir su hermano. Fue una de las muchas tardes que venía a su casa a la hora del café, para estar y hablar con ella antes de las clases. Él, y todo el mundo, siempre creyeron que ese hombre se había quedado en Alemania con otra mujer. Ella nunca lo negó. Nunca contó nada a su familia ni les dio una explicación. Simplemente les dijo que ya no se casaba, y que él ya no iba a regresar.

Muchas veces buscó una explicación a su mentira. Incluso en aquel momento supo que la verdad hubiera sido más comprensible que su afirmación indiscutible. Su madre se había echado a llorar. Su padre nunca creyó los rumores que aún seguían corriendo por el pueblo. Su hermano tardó poco en averiguarlo.

El sonido de la puerta le sorprendió de pie, con los platos en la mano.

- Hola – su hermano la saludó desde el umbral de la puerta, cargado con un par de bolsas –. Te dejo esto en la cocina. Son unas cosas que me ha dado padre para ti.

Ella le siguió, dejó los platos en el fregadero y miró todo lo que le traía cada vez que iba a casa de sus padres. Acelgas, un repollo, tomates, pepinos, manzanas y albaricoques del huerto. Y de parte de su padre siempre había unas cuantas barras de pan y un par de cajas de pastas de su panadería.

- No sé cuándo me voy a comer todo esto – rió.

- Si quieres me quedo a cenar y te ayudo.

- No quiero que tu mujer se enfade - le sonrió.

De inmediato se volvió para terminar de recoger la mesa. Él la esperó sentado en uno de los taburetes de la cocina, siguiéndola con la mirada. Estaba serio. Aquella era su manera de pensar cuando estaba cansado, o preocupado, o eran asuntos que la incumbían a ella. Estaba acostumbrada a aquellas miradas ausentes que la seguían. Sólo una vez se sintió incómoda, cuando su hermano regresó de Alemania.

Isabel se arremangó la rebeca y se puso los guantes para fregar. Miró por un instante el desorden que llenaba el fregadero. En ese momento ella notó que su hermano se levantaba para llevar todas las cosas a la despensa.

- Hazme compañía.

Se lo pidió sin mirarle, sin interrumpir lo que estaba haciendo. Escuchó tranquila que dejaba todo y se volvía a sentar en el taburete, detrás de ella. El sonido de unos platos contra otros, el frío del agua hasta que se tornó cálida a través de los guantes, y sobre todo el silencio entre ellos, le hizo sumergirse de nuevo en unos pensamientos que no querían abandonarla. Se torturaba buscando una explicación de por qué nunca les había dicho la verdad desde un principio.

- ¿Qué tal en casa? – le preguntó ella.
- Bien – se quedó un momento en silencio –. ¿Y el chico? ¿Está mejor?
- Todavía tiene algo de fiebre. Estuve con él ayer por la tarde. Fui al internado. Le vi un rato.
- Te dije que tenía que haber ido contigo.
- No creo que le hubieran dejado salir.

No le contestó. Él nunca discutía cuando se trataba de su hijo. Isabel todavía pensaba que se sentía responsable por todo lo que ella había hecho. Le dolía. Aún más el no haber sido sincera, ni dejar las cosas claras, como había hecho su padre. Una vez su hermano le dijo que nunca debió presentarle a ese hombre, que lo sentía, que debía haber conocido mucho mejor a su amigo antes de dejar que hablara con él.

Un frío intenso le recorrió la garganta al contener las ganas de llorar. Cuando estaba sola podía hacerlo. El sonido de los cacharros y una tos disimulada le ayudó a seguir hablando.

- Los niños vienen dentro de una hora. Si quieres puedes preparar la sala. No me ha dado tiempo a recoger esta mañana.
- Tranquila, lo hago luego en un momento. ¿Qué vais a hacer hoy?
- Creo que les pondré unos ejercicios de multiplicar y dividir. Y si queda algo de tiempo leeremos algún capítulo del libro. Les está gustando mucho.

Cuando terminó de recoger preparó un café para los dos. El aroma amargo reemplazó en un instante el olor a limpio que quedaba en la cocina a las cuatro de la tarde. Acercó una silla a su lado, pero antes de sentarse, se levantó él.

- Vamos a la sala, ¿no?

Ella asintió.

Sentados en el sofá, ella le escuchó hablar sobre los alumnos que tres veces por semana venían por las tardes a practicar matemáticas y lengua con ella, y a aprender alemán con su hermano, de lo buenos que eran algunos y el desinterés de un par de ellos, para acabar hablándole de la lección que les daría esa tarde. Al cabo de un rato, con su voz tan cálida, la hora que invitaba a dormir y la comodidad de aquel sofá, rememoró el

comienzo de todo aquello.

Lo que en un principio significó una huida para ella, su trabajo, el único recurso con el que pudo seguir adelante, se había convertido en algo de lo que no podía prescindir. Ir a Madrid iba a ser algo temporal. Eso le había prometido a su madre. Llevaba varios años sirviendo allí cuando su hermano se presentó en la casa donde trabajaba y le dijo que había conseguido un puesto en el instituto, al lado del colegio donde al principio ella llevaba a su hijo. Recordaba cómo se había sentido un poco más segura por el simple hecho de saber que estaría cerca, y que sería él y su mujer quienes cuidaran a su hijo después de las clases. Aunque entonces se veían poco, un par de minutos por las noches cuando ella iba a su casa a recogerle.

Se había recostado en el sofá, intentando seguir la conversación. Muchas veces dudaba que hubiera merecido la pena. Su madre, cada vez que la veía, le recordaba que con lo que estaba haciendo solamente le estaba dando un mal ejemplo a su hijo. Nunca cambió de idea desde el día que pudo llamarla para decirle que iba a comprarse una casa, ni después cuando le contó que su hermano y ella darían clases por las tardes a los niños que lo necesitaran. Aún sonaban claras sus palabras, su negación y sus exigencias de que volviera a casa. De fondo escuchaba a su padre, diciendo que la dejara tranquila y que le pasara el teléfono. Él le había dicho que todo se vería.

Isabel sonrió, jugando con la taza de café entre sus manos, tranquila por estar allí y oyendo las explicaciones de su hermano de la lección que les daría en un rato a los chicos.

- ¿Te hace gracia mi acento en alemán?

- No, no.

Dejó la taza sobre la mesa y no pudo evitar reír. A pesar de todo, su risa era triste. Dirigió la mirada un instante a lo alto de la estantería, a unas figuritas que desde allí no podía ver.

- Me acordaba de madre – suspiró –. Estabas conmigo cuando le dije que me iba a quedar.

- Pues yo no quiero ni recordarlo – sonrió –. Por suerte habían pasado unas semanas cuando fuimos a casa.

- Y gracias a padre.

Su hermano asintió.

- Tuvimos mucha suerte – reconoció, en voz baja.

- Lo sé.

Isabel bajó la mirada. Adivinaba que sus pensamientos volvían, como los de ella, muchos años atrás, cuando de pequeños tuvieron un maestro en el pueblo que se empeñó en no dejar a ninguno de los niños sin una educación que les permitiera al menos leer y escribir. Gracias a él, su hermano había podido seguir estudiando por las tardes, mientras que por las mañanas ayudaba a su padre en la panadería. Y ella también. Le sorprendía que hubiera pasado ya tanto tiempo.

- Ese maestro era un hombre sensato - recordaba su hermano.

- Sólo recuerdo de él su enorme bigote.

- Y la vara de avellano.

Ambos rieron.

- Hemos tenido mucha suerte – repitió ella, volviendo a coger la taza de café.

Bebió un poco. Estaba templado. Volvió a dejarlo sobre la mesa, sin terminarlo. Sin darse cuenta su mirada volvió a lo alto de la estantería. Otra vez.

- ¿Qué miras con tanto interés?

Isabel notó que ya sabía lo que estaba mirando. Antes de poder decirle nada estaba de pie, de espaldas a ella. Se quedó en silencio durante un rato. Ella se mantuvo erguida en el borde del sofá. Desde que devolvió esas figuritas a la luz del día, sabía que en algún momento él las vería. Que seguramente ya las habría visto hacía mucho. Y que no lo entendería. Después de esos años sin haberle dicho nada suponía que ya no le importaba. No se había atrevido a preguntárselo, pero al mismo tiempo, había esperado una conversación con él.

- ¿Por qué tienes eso ahí?

Su voz era tranquila. Sin embargo, Isabel advirtió que pasaba algo, que aquella tarde estaba esperando el momento adecuado para hablar con ella. Le observó meterse las manos en los bolsillos y respiró hondo sin decir nada. Sabía que tenía que ver con ella. Quizá también con ese hombre.

- ¿Qué ocurre?

Vio que su hermano contenía el mismo resentimiento que el día que regresó de Alemania, cuando le presentó a su hijo recién nacido, y al siguiente, al enterarse por su madre que ya no se casaba. Isabel se levantó de inmediato al verle acercarse a la estantería para abrirla. No había considerado la opción de que quisiera quitárselas. Le agarró del brazo y él se volvió sujetándola más fuerte.

- No voy a permitir que sigas teniendo eso ahí.

Jamás le había levantado la voz. A él nunca le había visto enfadado, al contrario que a su padre, que a pesar de que nunca les dio un grito ni les pegó, su voz autoritaria era suficiente amenaza para que a los dos les causara siempre un respeto que les hacía obedecerle sin cuestionar nada más.

- Y yo no te voy a permitir que toques nada de mi casa sin mi permiso – le gritó.

- No me hables a sí.

Le apuntó con el dedo. Vio que le temblaba. Ella mantuvo la mirada en sus ojos. El silencio que sobrevino le llenó por completo, olvidando el pánico que le había abordado ante la reacción de su hermano. Él acabó por levantar los ojos al techo. Suspiró. Se aflojó un poco la corbata y se pasó las manos por la cabeza. Ella se mantuvo inmóvil, observándole. Él volvió a mirarla un momento, antes de darse la vuelta y alejarse unos pasos. Se quedó mirando por la ventana, a través de las cortinas.

- Cuéntame qué está pasando – le suplicó ella -. ¿Qué te pasa?

No le contestó. En vez de eso, sacó una cajetilla de cigarrillos y encendió uno. En unos segundos, ella buscó desesperada una manera de encauzar esa conversación. Había deseado encontrar un momento en que volviera a tocarse el tema que había quedado cerrado hacía muchísimos años. Ahora que había tenido la oportunidad, su silencio lo había vuelto demasiado complicado, sin saber qué es lo que había pasado para que él estuviera así.

- Muchas veces me he preguntado cómo pudiste comprar esta casa – le dijo de repente -. Una vez le pregunté a padre si te había ayudado. A mí nunca me has pedido ayuda, ni has querido que te preste nada.

- He trabajado desde que tenía catorce años. Llevaba ahorrando toda la vida. Y lo sigo haciendo.

Fue la primera vez que vio que dudaba de ella. Descubrió que llevaba mucho tiempo haciéndolo. Vio que las razones que sospechaba se alejaban mucho de la realidad.

- Padre te ha ayudado, ¿verdad?

- Él sólo puso su firma.

Él asintió.

- Isabel...

Ella esperó. Su tono era grave. Se asustó. Le vio terminar el cigarrillo y acercarse a la mesa para apagarlo en el cenicero. De cerca, notó en él, aún más, una preocupación tan intensa que no logró entender qué quería decirle.

- Te quiero muchísimo. No voy a permitir que nadie te haga daño, ni que te pase nada. Cuando vine a Madrid le prometí a padre que iba a cuidar de ti y de tu hijo – hizo una pausa, queriendo que ella se lo contara primero –. ¿Has vuelto a hablar con él? ¿Ese hombre te ha dicho algo? ¿Le has vuelto a ver?

Ella volvió a negar, en silencio.

Había pronunciado cada pregunta despacio, casi en un susurro. Ella quiso responderle ofreciéndole todo su pasado, el que suponía que él no conocía, al menos no del todo. Quiso hablarle de la última vez que vio a ese hombre, de las últimas veces que le escribió, de todo lo que anhelaba cuando él le había dicho que se iba a Alemania, de sus promesas y de las que ella le hizo. De su despedida en una carta breve acompañada de un paquete con demasiado dinero.

Hubiera deseado que se terminara esa conversación sin una palabra más.

- Isabel. Cuéntame la verdad.

- ¿Cambiaría algo?

Esta vez fue él quien negó en silencio, despacio. Sabía que él tampoco lo olvidó. En esos minutos había adivinado que sabía mucho más de lo que ella le había contado. No podía intuir hasta dónde. Temía que siempre lo hubiera sabido.

- He hablado con padre esta mañana – le contó –. Le vio la semana pasada. El sábado en Aranjuez, en el mercado. Estaba con su madre.

- No lo sabía.
- No te acerques a él.
- No sabía que había vuelto – le repitió.

Por un momento se fijó en el estampado de flores del sofá y los colores pálidos que habían quedado después de tantos años. Se apoyó en él y miró de nuevo a su hermano.

- Creo que llevas todos estos años engañándote – le habló, tranquilo, sin reprocharle, como lo hacía siempre. Aun así, reconocía en su voz la decepción que vio en él cuando lo supo, ahora, y a veces cuando miraba a su hijo -. No puedes estar toda la vida así.

- Era un buen hombre.

Notó su sorpresa ante unas palabras que no pudo guardar.

- ¿Cómo eres capaz de defenderle?

Isabel se encogió de hombros. Ella había sido consciente, incluso antes de que él se fuera, de que las cosas podían terminar así. Entonces todo parecía demasiado importante. En ese momento, aún lo seguía siendo. Pero estaba cansada. En un intento de terminar la conversación se giró para recoger las tazas del café y marcharse. No quería seguir hablando.

- Sabes que quiero lo mejor para ti – le recordó.

Ella no se volvió, ni le contestó. Estaba enfadada.

- Isabel – la detuvo, antes de que se diera la vuelta para ir a la cocina. Cogió de sus manos las dos tazas y las volvió a colocar en la mesa -. Siéntate.

Ella respiró hondo al recostarse en el sofá. Cerró un momento los ojos. Cuando volvió a abrirlos le vio junto a la estantería. Esta vez dejó a su hermano que tomara las figuritas de boda. Con ellas de la mano se sentó a su lado.

- Todo lo que le has contado a tu hijo sobre su padre. Era verdad.

Esta vez no era ninguna pregunta. Ella no necesitó contestarle.

- Cuando te las di, te dije que quería que fueras feliz.

- Lo soy.
- ¿Seguro?
- ¿No me crees?
- Creo que has querido hacerlo todo tú sola.
- Yo no necesito a ningún hombre a mi lado.

Era lo que su madre le pedía, y lo que creyó que su hermano le estaba recordando en ese momento. Alguna vez él había mediado entre las dos, otras veces él mismo le quería convencer de que lo intentara.

- No voy a casarme con nadie – insistió.
- Nunca te he obligado yo a eso.

Isabel intentó sonreír, mirando anhelante las figuritas entre las manos de su hermano, aquellas que le hablaban de cómo debían haber pasado los años. Pero a veces se preguntaba si con ese hombre su vida hubiera sido mejor. Si no había estado equivocada, si aquello era lo mejor que le podría haber pasado. Al mismo tiempo se culpaba, cuando se daba cuenta que él, aún sin estar a su lado, había hecho posible todo lo que ahora tenía.

Le hubiera gustado saber qué había sido de él desde su última carta. Entendía el temor de su padre y de su hermano, y el suyo propio por saber que estaba a unas pocas horas de allí. Se preguntó cómo estaría.

Isabel quiso contarle algo.

- ¿Recuerdas aquella semana que nos quedamos solos en casa, poco después de que volvieras de Alemania?
- Sí.
- ¿Cuando madre se fue unos días a ver a la tía María a Alameda, cuando la operaron, y que padre insistió tanto en irse con ella?

Él asintió.

- Cuando volvieron me dijo que había ido a ver a los padres de ese hombre. Sólo él. Tuve tanto miedo. Por... todo. – Se quedó un momento en silencio, recordando –. Me dijo lo mismo que tú cuando me las diste.

Isabel le señaló las figuritas. Vio que no le sorprendía, que sabía de lo que

hablaba.

- Llévatelas – le pidió.

- Fueron un regalo que quise hacerte. A ti. Cuando las vi pensé que te gustarían, sabía que te harían ilusión. A pesar de todo. Aunque al final las cosas no salieron como debían, quiero que te las quedes.

- Hace un rato querías quitármelas.

Esta vez sonrió, y ella le devolvió la sonrisa. Sabía que temía por lo que pudiera hacer, por buscar algo que no iba a encontrar. Ella entendió en ese momento todo lo que su hermano le había dicho, sus consejos, sus advertencias, y cómo la había visto él desde hacía doce años.

- Se está haciendo tarde – le indicó Isabel, ocultando un favor que no se atrevía a pedirle –. Tenemos que preparar la clase.

Al ponerse en pie dudó un instante. El sonido del reloj del salón, marcando las cinco, le decidió a pedirselo. Esperó a que terminara de dar la hora.

- Ayúdame con el chico – le suplicó –, quiero tenerle en casa. Cuando voy a verle o cuando sale... sé que no está bien allí. Y cuando le vi ayer... Llevo toda mi vida cuidando de los hijos de otros. Al menos quiero que esté con alguien de la familia, no quiero que esté solo aquí, pero tampoco en un sitio como ese.

Quiso seguir explicándole lo mucho que había evitado recurrir a ese internado, al único que pudo pagar, cuando no quiso seguir abusando de la mujer de su hermano, ni de él, para que se encargaran de un niño que siempre creyó que era una molestia para ellos. Sobre todo su cuñada le había asegurado que no era así. Sin embargo, para Isabel siempre permanecieron las palabras de su madre en la cabeza, al negarle la ayuda cuando realmente la necesitó.

- Cuántas veces te lo dijimos – suspiró él, sonriendo, sin dejar que continuara.